vant. Me hareis la justicia de conceder que he obrado como hombre de honor.

Los testigos de ambos adversarios se inclinaron en señal de asentimiento.

Extendieron sobre el césped el cuerpo de su amigo, arrimándole junto al tronco de un árbol. Lívido, desmayado y con los ojos cerrados, apenas respiraba Héctor.

A cada nueva aspiracion aparecia una espuma sanguinolenta en sus labios.

El cirujano militar rompió de nuevo la camisa, y examinó detenidamente la herida, moviendo la cabeza con un aire que no significaba nada bueno.

—¿Qué hay?—preguntó Marcelo con una ansiedad tal que causaba lástima.

—O mucho me engaño—contestó el médico, —ó este jóven está perdido, y creo desgraciadamente que no me engaño.

LVI

—¡Perdido!—repitió Marcelo aterrado.—¡Como! ¿no hay ninguna esperanza?

—Mucho lo temo—respondió el cirujano.

—Pero tratareis siquiera de luchar contra la muerte.....

—Voy á hacerle una sangria, que quizá le desahogue el pulmon; no se puede hacer otra cosa, y esto voy á hacerlo únicamente para descargar mi conciencia, sin esperar nada decisivo.

El cirujano vendó el brazo y rompió la vena.

Al principio salió la sangre gota á gota, trazándo un círculo color de púrpura sobre aquella blanca piel.

Al cabo de algunos segundos salia con mas fuerza.

La opresion del herido disminuía, haciéndose menos abundante la espuma roja de sus labios.

Héctor suspiró sin abrir los ojos y sin volver al conocimiento.

—¿No se pone mejor?—preguntó Marcelo.

—Sí, pero no quiero daros una vana esperanza; para sostener esta mejoria se necesita que un cuajaron de sangre contenga la hemorragia interior.

—¿Y sería esto la curacion?

—Nó; sería únicamente una tregua sin que desaparezca el peligro, porque pueden sobrevenir infinitas complicaciones.

—¿Las combatirá la ciencia?

—La ciencia las combate siempre, pero no puede hacer milagros.

—¿Será posible llevar al herido á su casa?

—De ninguna manera; moriria antes de llegar.

—¿Y qué vamos á hacer?—preguntó el baron Couraud.

—En la otra orilla del lago hay una hospederia—contestó Marcelo.

—Bueno—contestó el médico, dirigiéndose á los testigos de Héctor,—que uno de estos caballeros vaya y haga traer una camilla con dos

colchones y dos hombres para llevarla, que creo que el herido podrá resistir este trayecto, que, despues de todo, es indispensable recorrer.

—Yo iré—dijo Marcelo—que conozco la casa.

Y poniéndose el chaleco y la americana, se alejó rápidamente.

El cirujano continuó diciendo:

—Es necesario avisar al médico de este desgraciado jóven.... ¿le conoceis alguno?

El vizconde y el baron contestaron negativamente.

—¿Y no podreis vos—dijo el baron—continuar prestándole vuestra asistencia?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque estoy de paso en Paris, y me marcho esta tarde para incorporarme á mi regimiento en Vesoul.

La razon no admitia réplica y no insistió el baron.

Julio Leroux, desde su observatorio y ayudado de sus buenos gemelos, habia presenciado las peripecias y el desenlace del duelo.

Vió que Marcelo se separaba del grupo que rodeaba el inanimado cuerpo del príncipe, y que venia en direccion al restaurant.

¿Qué venia á hacer allí?

El ex-banquero, cuya curiosidad se habia desarrollado vivamente, bajó de su observato-

rio, encontrándose en la puerta en el momento en que llegaba Marcelo.

La primera persona que vió éste, fué al padre de Lazarine.

—¡Vos aquí, señor Leroux!

—Sí, querido amigo.

—¿Como tal casualidad?

—No hay nada de casual—interrumpió el mejor de los padres,—sabeis que me intereso por vos verdaderamente, y he querido asegurarme por mí mismo de que no os pasaba nada desagradable.

—¡Ah! caballero, soy digno de lástima.

—Me parece que no hay motivo para tanto, puesto que habeis salido ileso.

—¡Preferiria cien veces estar herido aunque fuese de gravedad, antes que haber matado á mi contrario!

—¿Ha muerto el príncipe?—preguntó Julio Leroux.

—Aún no, pero el cirujano no tiene ninguna esperanza.

—¡Vaya por Dios! es una desgracia á la edad del príncipe, y tan rico.... ¡mas de un millon de renta! pero en fin, no estará menos mal en un magnífico féretro ese pobre muchacho; ¡qué poca cosa es el hombre! ¡se hace uno filósofo sin querer cuando vé los golpes del destino! ¿Y qué venís á buscar aquí?

Marcelo se lo explicó en pocas palabras.

—Muy bien -dijo el ex-banquero,—se os dará todo eso, y mientras tanto haré preparar un cuarto, donde estará cómodamente el príncipe si por casualidad se escapa; aquí hay muy buen aire y magníficas vistas, aunque no harán mucha falta segun lo que acabais de contarme.

Y Julio Leroux volvió á decir:

—Verdaderamente es una desgracia á su edad, siendo tan rico.

Veinte minutos despues, dos criados del restaurant llevaban en una improvisada camilla con dos colchones el inanimado cuerpo del herido, extendiéndole sobre el lecho de un cuarto del piso bajo.

En este mismo cuarto, hacia algunas semanas que Marcelo habia estado comiendo con Lazarine.

Julio Leroux habia almorzado vorazmente y y habia pagado la cuenta.

Entró en aquel cuarto, que verdaderamente parecia cámara fúnebre, y despues de cerciorarse por sí mismo de que el hijo adoptivo de Godefroy estaba en la última, y que, segun las apariencias, pasaria sin ninguna transicion de aquel desmayo á la muerte, mandó enganchar el coche que le habia conducido, volviéndose á Paris fumándose un magnífico cigarro y contoneándose con aquella séria filosofía de que aca-

baba de vanagloriarse. Se paró cinco minutos en el café de la Cascada para activar la digestion con un *grog* americano bien caliente.

Próximamente á la una llegaba á la calle de Murillo.

Lazarine le esperaba hacia bastante tiempo llena de impaciencia febril.

Le vió atravesar el patio, y corrió á su encuentro hasta la puerta.

—¡Qué tarde vienes!—exclamó.

—Se necesita mucho tiempo para venir aquí desde Ville d'Avray con un mal caballo.

—¿Me traes noticias?

—¡Naturalmente! ¿Para qué nos habiamos de molestar los dos? He estado magníficamente situado, y he visto todo perfectamente con los gemelos. Ante todo y en primer término debo decir que se han batido admirablemente, y que no lo habrian hecho mejor en el teatro. Los dos eran valientes en alto grado.

—¿Ha muerto alguno de ellos?—preguntó Lazarine llena de emocion.

—Si no ha muerto es como si lo estuviera, porque lo ha desahusiado el cirujano militar sin recurso posible.

—¿Pero cual, Dios mio, cual?

—¡Ah, ah, te interesaba! No te haré esperar mucho con mis reticencias.... El que no

ha tenido suerte ha sido Begourde, es decir, el príncipe de Castel-Vivant.

La marquesa palideció.

—¡El príncipe de Castel-Vivant!—respondió con sorda voz,—¡dices que ha muerto el príncipe!

—Ya debe estarlo á estas horas, porque respiraba muy poco cuando me vine.

La marquesa se levantó lívida, y las manos trémulas por la fuerte emocion que la agitaba, y con acento cólérico que causó mucha extrañeza á su padre, exclamó:

—¡Marcelo Laugier ha matado al príncipe! ¡Ah, miserable!

Y diez veces seguidas repitió:

—¡Miserable! ¡Miserable!

—¡Ah!—dijo *el mejor de los padres*,—seguramente amabas á Héctor.

—¿Quién te habla de amar?—contestó violentamente la marquesa.—Lo que yo queria eran sus millones y su título, porque habia jurado ser príncesa; y despues de todo, ¿quién sabe? quizá le amaba y ahora me lo parece. ¡Oh! Ese Marcelo, á quien detesto, es mi abismo y mi perdicion.

—¿Por qué es tu perdicion?—preguntó Julio Leroux con aire de intencion.—¿Acaso ha existido entre vosotros alguna cosa que yo no sepa?

Lazarine se encogió de hombros.

—¿Vas á interrogarme?—respondió.—¿Por ventura tengo necesidad de darte cuentas? Déjate de esto, y refiéreme el duelo si lo has visto todo; dímelo todo, porque quiero saberlo todo.

El ex-banquero obedeció en seguida, escuchándole su hija con atencion salvaje y profunda emocion, que no era ciertamente de sensibilidad, porque sus ojos permanecieron secos, sin que asomase á ellos una lágrima.

Cuando concluyó su relato, preguntó Lazarine.

—¿De modo que ha sido necesario dejar en Ville d'Avray al desgraciado príncipe?.

—No habria podido resistir el trayecto y habria muerto en el camino. Ya comprendes que morirá de todos modos; pero al menos será de una manera mas dulce, y el médico habrá cumplido con su deber. Traerán su cuerpo á Paris y le harán un magnífico entierro sus herederos, si son medianas personas, porque él antes no tenia nada ni á nadie.... Seria una lástima que sus millones fueran á parar al Estado.

—¿Pero no hay ninguna esperanza de salvacion?—preguntó Lazarine siguiendo su pensamiento, sin escuchar la palabreria de su padre.

—Ni una; pero me atrevo á asegurar que mi

amigo Godefroy ha tomado sus medidas para seguir disfrutando su renta vitalicia de cien mil francos despues de la muerte de su hijo adoptivo.

Mientras tanto la marquesa decia para sí:

—No se piensa siempre en todo; el príncipe me amaba, y no cabe duda de que si hubiese tenido la idea de hacer testamento antes de ese duelo fatal, me habria dejado su fortuna. ¡Qué olvidadiza y que loca soy!

—Ya que he cumplido á conciencia mi mision—dijo Leroux,—estarás contenta de tu padre, á no ser que seas muy exigente. No tenemos ya nada que decirnos, y me voy á ver á Godefroy para saber si tiene bien tomadas sus medidas. Adios, hermosa marquesa.

—Escucha; tú no tienes nada que decirme, pero yo si tengo algo que comunicarte.

—¿Qué es ello?

—Hoy es el dia de las malas noticias; esta mañana he recibido carta del castillo de Gordes.

—¿De Renée?

—Nó, de Raoul.

—¿Y qué?

—Nuestra querida Juana está muy mala.

—¡Pobre condesita!—murmuró Julio Leroux, —palabra de honor que me dá mucha pena.